

sobre la poesía de Colombia, á haber podido disponer de fuentes más copiosas y seguras que el mencionado *Parnaso*, compilación deficientísima por una parte, y por otra llena de farrago y broza, como casi todas las de su género que se han formado en América.

Para el estudio de la mejor literatura moderna de Colombia es de inapreciable auxilio la colección de los trece tomos del *Repertorio Colombiano*, excelente revista que duró desde 1878 hasta 1887, bajo la dirección de don Carlos Martínez Silva y la inspiración de D. Miguel Antonio Caro. Es la más notable publicación de su género que hasta ahora ha aparecido en la América española.

Finalmente, para el conocimiento de los poetas novísimos, puede acudirse á *La Lira Nueva*, de D. José María Rivas Groot. (Bogotá, 1886.)

IX.

ECUADOR.

En el *Ensayo sobre la literatura ecuatoriana*, del Dr. D. Pablo Herrera (1), y en la *Ojeada Histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, de D. Juan León Mera (2), puede verse cuán antiguo abolengo tiene la cultura literaria en la antigua Presidencia de Quito, que abarcaba la mayor parte del territorio de la actual República del Ecuador (3). A las órdenes monásticas, y especialmente á la de San Francisco, se debió la primera cultura del país y el establecimiento de las primeras escuelas, así como á un franciscano, el P. Jodoco Rickle, se había debido la introducción de la primera semilla de trigo.

En noble emulación pretenden las diversas religiones que dieron apóstoles á la primitiva colonia, el lauro de haber establecido la primera casa de enseñanza; pero sin negar que los dominicos tuviesen estudios en su convento de San Pedro Mártir, fundado en Quito por el Venerable Fr. Alonso de Montenegro á raíz de la

(1) Publicado por primera vez en 1860 y luego, con bastantes ampliaciones, en el primer tomo de la *Revista Ecuatoriana* (1889), si bien esta segunda edición no llegó á terminarse, que sepamos.

(2) Quito, 1868. Imprenta de J. Pablo Sanz. Anúnciase como próxima á aparecer una segunda edición muy aumentada y corregida.

(3) Guayaquil perteneció al Virreinato del Perú, hasta que Bolívar le anexionó en 1824 á la primitiva Colombia. Quito y lo restante de la República dependía del Virreinato de Santa Fe desde 1721; hasta entonces había dependido también del Perú.

conquista de la ciudad por el adelantado Sebastián de Belalcázar, todavía es cierto que el primer colegio de cuya formal organización se tiene noticia es el de San Andrés, establecido por los franciscanos en 1556, y dotado en 1562, por Real cédula de Felipe II, con 300 pesos anuales. En dicha cédula consta que allí se enseñaban «las cosas pertenecientes á la salvación y buena doctrina de los indios naturales, letras, buenas costumbres y habilidades, para que puedan vivir cristiana y políticamente» (1).

Pero la enseñanza para los hijos de españoles, la propiamente literaria ó de humanidades, fue introducida en el Ecuador, como en otras partes de América, por los PP. de la Compañía de Jesús, cuyo colegio de Quito contaba ya por los años de 1585 más de ciento ochenta estudiantes, siguiendo cuarenta de ellos el curso de Artes. La emulación era grande, frecuentes las conclusiones y actos públicos, con asistencia del obispo, del Corregidor y vecinos principales, y tan grande el crédito que lograban los jesuitas, que cuando el Obispo Fr. Luis López de Solís fundó, á fines del siglo XVI, el colegio Seminario de San Luis, también le puso bajo su dirección, con parecer y acuerdo de la Real Audiencia y del Cabildo. Emulando el celo de franciscanos, dominicos y jesuitas, los agustinos establecieron la Universidad de San Fulgencio, autorizada por bula apostólica de Sixto V, en 20 de Agosto de 1586. Pero no fué ésta la Universidad definitiva, la que obtuvo los títulos

(1) Vid. *Varones Ilustres de la Orden Seráfica en el Ecuador, desde la fundación de Quito hasta nuestros días, por Fr. Francisco Maria Compte, Misionero Apostólico y Cronólogo del Colegio de San Diego de Quito.* (Quito, 1885 y 1886, 2 vols.).

de Real y Pontificia, sino la establecida en 1620 con título de San Gregorio Magno, bajo la dirección de los jesuitas.

El más antiguo de los españoles de quien sabemos que, pasando al reino de Quito, compusiese algunos versos, es D. Lorenzo de Cepeda, hermano de Santa Teresa de Jesús y muy conocido de los lectores de la incomparable correspondencia de la mística Doctora, puesto que á él están dirigidas algunas de las mejores cartas sobre materias familiares y espirituales. Estuvo en Indias D. Lorenzo más de treinta y cuatro años: en 1550 era regidor del Cabildo de Quito, alcalde primero en 1551, y después tesorero de las Cajas Reales, hasta 1567, en que, fallecida su mujer, D.^a Juana de Fuentes, natural de Trujillo en el Perú, abandonó todo empleo, para volver á España, y darse por entero á la vida contemplativa y á los ejercicios de piedad, bajo la dirección y consejo de su hermana, á cuyas fundaciones contribuyó con el cuantioso caudal que había granjeado en el Nuevo Mundo. Además de una relación de la vida y virtudes de su mujer, escribió algunos versos de devoción; pero sólo se ha conservado la siguiente glosa sobre el altísimo tema de que «Dios incluye en sí todas sus criaturas, y que ninguna está fuera de Él, y que, por consiguiente, el mismo Dios está en ellas más que ellas mismas, y Él es el centro del alma, y si la hubiere tan limpia que no impida esta admirable unión, hallarse ha á sí en Dios y á Dios en sí, sin rodeo»:

El Sumo Bien en su alteza
Dice al alma enamorada
Que se busque en su grandeza,
Y que á su inmensa belleza
Busque en su pobre morada.

De amor la suprema fuente,
 Sin bajar de sus alturas,
 Con su amor omnipotente,
 Hállase siempre presente
 Y encierra en sí sus criaturas.
 Y el mismo amor que fué de ellas
 Su principio sin tenerle,
 Ama tanto estar con ellas,
 Que está muy más dentro en ellas,
 Que ellas mismas sin quererle.
 Pues el alma limpia y pura
 Que amare en esto pensar,
 Se hallará con gran ternura
 En esa misma hermosura
 Y á sí mismo sin rodear (1).

Sobre el mismo tema de *Búscate en mí*, que es, sin duda, lo más profundo y sutil de la mística, escribieron papeles en prosa, y como en certamen, San Juan de la Cruz, Julián de Ávila y Francisco de Salcedo, y sobre todos ellos recayó el donairoso *vejamen* que, en virtud de obediencia al Obispo de Avila, dió Santa Teresa, la cual por su parte trató el mismo asunto en la glosa así encabezada:

«Alma, buscarte has en Mi,
 Y á Mi buscarme has en tí....»

que no me parece tan superior á la de su hermano como da á entender el docto colector de las obras de la Santa.

En las Crónicas monásticas de la provincia de Quito se encuentran bastantes nombres de escritores teológi-

(1) Publicó por primera vez estas quintillas D. Vicente de la Fuente en su magistral edición de las *Obras de Santa Teresa* (B. de AA. EE.), tom. 1, pág. 562.

cos, de filósofos escolásticos, de gramáticos cultivadores de la lengua quichua; pero no se encuentra poeta alguno hasta el siglo XVII, lo cual no quiere decir que no los hubiera, sino que sus obras se perderían por falta de imprenta, calamidad que también pesó sobre la literatura colonial de Venezuela y Nueva Granada hasta muy entrado el siglo XVIII. Si algún escritor quiteño llegó á ver publicadas sus obras, fué de los que por sus oficios eclesiásticos ó jurídicos tuvieron ocasión de salir de su país, como el obispo Fr. Gaspar de Villarroel, que no fué sólo gran prelado en Santiago de Chile y en Arequipa, y profundo canonista, como lo prueba su obra del *Gobierno Eclesiástico* (1656), tan magistral en su línea como la *Política Indiana* de Solórzano en la suya, sino también prosista no vulgar, de los mejores de América en su tiempo.

Es claro que si los libros voluminosos, y tocantes á las ciencias más estimadas entonces, tropezaban con tal obstáculo para imprimirse, aun había de ser más precaria la suerte de poesías fugitivas, y que probablemente no tendrían más mérito que el de primeros ensayos. Lo cierto es que en 1630, cuando el Fénix de los Ingenios compuso *El Laurel de Apolo*, florecía en Quito una poetisa llamada D.^a Jerónima de Velasco, que era otra Safo, otra Erina, otra Pola Argentaria, al decir de Lope:

Parece que se opone á competencia
 En Quito aquella Safo, aquella Erina,
 Que si doña Jerónima divina
 Se mereció llamar por excelencia,
 ¿Qué ingenio, qué cultura, qué elocuencia,
 Podrá oponerse á perfecciones tales,
 Que sustancias imiten celestiales,

Pues ya sus manos bellas
Estampan el Velasco en las estrellas?

(Silva 1.^a)

Era esposo de la señora tan estrepitosamente elogiada un D. Luis Ladrón de Guevara; por lo cual añade Lope, jugando galantemente del vocablo:

¡Dichoso quien hurtó tan linda joya
Sin el peligro de perderse Troya!
Pero dióselo el cielo, aunque recelo
Que puede la virtud robar el cielo.

Pero de D.^a Jerónima sólo ha quedado esta memoria; y el primer ingenio ecuatoriano que llegó á ver de molde el cuerpo íntegro de sus poesías (aunque realmente tales son ellas que no hubiese importado mucho su pérdida) es el maestro Jacinto de Evia, natural de Guayaquil, que en 1675 publicó en Madrid un *Ramillete de varias flores poéticas recogidas y cultivadas en los primeros abriles de sus años* (1). La fecha de la publicación, ominosa para la poesía lírica, hará ya sospechar lo que el libro puede ser, y es en efecto: un monumento de hinchazón y pedantería. No todo lo que en él se contiene es de la propia cosecha del Maestro Evia: con sus flores poéticas van mezcladas algunas no mucho más lozanas y olorosas del bogotano Domínguez Camargo, y otras en mayor número del jesuíta sevillano P. Antonio Bastidas, que había sido maestro de Mayores y Retórica del poeta de Guayaquil. Los tres colaboradores del *Ramillete* eran gongorinos furibundos,

(1) Madrid: en la imprenta de Nicolás de Xamares, mercader de libros, año de 1675. 4.^o, 9 hs. prls. y 406 folios.

los tres versificadores numerosos y entonados: prenda común en la escuela á que pertenecían. Apenas hay en el tomo composición que no sea un puro disparate; pero son disparates sonoros. De los tres poetas, quizá Evia, que es el que da nombre al *Ramillete*, sea el de menores vuelos. Nada hay en el fárrago de sus composiciones *fúnebres* (así con toda propiedad denominadas), *heroicas*, *sagradas*, *panegíricas*, *amorosas* y *burlescas*, que compita con algunos rasgos de los romances de Domínguez Camargo, ni con la gala y bizarría que en medio de sus extravagancias tiene la paráfrasis que el P. Bastida hizo del idilio de la Rosa,

Ver erat et blando mordentia frigora sensu,

atribuído por algunos gramáticos á Virgilio é inserto entre sus poemas menores, pero que parece ser de Ausonio. Es, sin disputa, la mejor poesía del *Ramillete*. Véase alguna muestra:

«De los tiempos del año era el verano»,
El de Mantua cantó en su dulce lira,
Y el día alegre en rayos en que gira,
Esmalta nubes con que sale ufano.
El Austro templó, porque su aire aliente,
Y así con blando diente
Muerde la flor que, aun tierna, no se esquivo
Si aun solicita alientes más lasciva;
Cuando abreviando sombras el aurora
Precede bella á la carroza ardiente,
Y en luces de esplendor, en luz canora,
Despierta el sol, madrúgale á su oriente.
«Entonces (dice en dulce melodía
Aqueste cisne) el campo discurría,
Y cuando en sendas de este sitio ameno
Buscaba abrigo en esa adulta llama

Del sol que salamandra ya se inflama,
Vi entre su vasto seno
En la grama pender blando rocío,
Que á breve globo aprisionaba el frío,
Y en su lacio verdor me parecía
Lágrimas que lloró la noche fría.....

.....
Al nacer el lucero luminoso
Vi con primor y aliño cuidadoso
Del esmero Pestano
Del mejor hortelano,
Un rosal tan de gotas salpicado,
Que sudor se ha juzgado,
Que en la lucha valiente
Por escala de sombras subió ardiente.

.....
Uno es todo el rocío de la rosa,
Y el que suda la aurora luminosa
En su estación primera;
Un color entre ambas persevera.

.....
Allí una rosa infante
Mece en su cuna el céfiro inconstante,
Y en claustro de esmeralda detenida
Virgen se oculta menos pretendida;
Otra al prado se asoma diligente
Por celosías de su verde oriente;
Mas al mirarla trueca vergonzosa
En carmín el candor su tez hermosa,

.....
Siendo cada hoja en que ella se dilata
Gota de sangre que de sí desata.

.....
Pero ¡ay! que toda aquella pompa hermosa
Del verjel, esta antorcha luminosa,
Esta hoguera que roja al prado inflama,
Siendo cada hoja suya ardiente llama;
Este sol, que á sus rayos fomentaba
Cuanto aseo al jardín le coronaba,
Con desmayo fatal se descompone,
Su luz se apaga al inconstante viento,
Al Occidente el esplendor transpone,
Y la llama consume su ardimiento.

¡Oh, qué breve esta flor tiene la vida,
Pues edad fugitiva la arrebató
De su beldad pirata.....
Caduca y lacia cuanto más florida,
Siendo la cuna en que la mece el viento
Su fatal pira y triste monumento

.....
¡Oh tiempo, oh días, oh naturaleza!
Avara en cuanto ostentas más grandeza

.....
Pero ¿qué importa, oh rosa, que tu llama
Tan temprana se apague, aun cuando ardiente,

.....
Si permanece fija en la memoria
De tu belleza la pasada gloria?

¡Oh, qué ejemplo tan vivo al desengaño
De una grande belleza!

Lograd, oh Virgen pura,
Este cortés recuerdo en la pureza;
Coged la rosa, pues, de la hermosura,
Cuando ayuda la edad, la edad florida,
Y en vistosas guirnaldas recogida,
Si intacto su verdor guardáis constante,
Vuestra cabeza ceñirán triunfante.

No ajéis su lozanía;
Mirad que la beldad más grata y bella,
Como la flor, fenece con el día.....

No hay duda que las sombras del mal gusto empañan todo esto; pero tampoco faltan rasgos que recuerdan el tono de las silvas de Rioja, y el que de tal modo escribía y versificaba, merecía, seguramente, haber nacido en edad menos infeliz y tener discípulos más aprovechados que el maestro Evia. Lo cierto es que en Guayaquil no se hicieron mejores versos antes de Olmedo.

Á falta de otro más positivo mérito, tiene el *Ramillote* el de ser uno de los tipos del gongorismo americano y un curioso documento para la historia de las costumbres de la colonia, por estar lleno de versos de

circunstancias, elogios fúnebres, sonetos, inscripciones y motes con que en Quito se solemnizaron las honras de la reina D.^a Isabel de Borbón, del príncipe D. Baltasar Carlos y del rey Felipe IV; el *Mausoleo Panegírico* de la venerable fundadora del convento de Santa Clara, D.^a Francisca de la Cueva; jeroglíficos, emblemas y anagramas á virreyes y oidores; romances para felicitar al General de la caballería de Quito en días de vistoso alarde general, ó jácaras para profesiones de monjas; loas sagradas y humanas á Nuestra Señora de Payta, á Nuestra Señora de Guapulo, á los días del arzobispo de Quito, á la festividad de San Ignacio de Loyola, á grados y funciones universitarias. Completan el *Ramillete* algunos opúsculos en prosa: una especie de novela con el título de *El sueño de Celio*; algunas oraciones de certamen, unas en latín y otras en castellano; una invectiva apologética en apoyo de un romance de Domínguez Camargo: curiosa muestra de lo que eran las polémicas literarias en el infeliz lugarejo de Turmequé por los años de 1652. Si todo ello estuviese escrito con más llaneza, sería interesante y divertido, aunque nada valiese poéticamente; pero el mal gusto llega á tales excesos, que la lectura se torna imposible. ¿Cómo hincar el diente á un cartel de justa poética que empieza con este encabezamiento: «Acorde »plectro, canora cítara y resonante lyra: á cuyo dulce »contacto provoca á las mejores plumas de los más diestros Apolos, sonoros Orfeos y numerosos Amfiones, »convida á las más delicadas voces del coro de las Nueve »Hermandades, para que en armoniosa competencia con los »nueve coros, soberanos ruseñores, divinas Filomenas »de la gloria, celebren, festejen y aplaudan con suaves

»acentos la cítara del encarnado Verbo, cuya dulce melodía en el venturoso teatro de Belén gozosos escucharon esos celestes globos: festivos los arroyos, las flores »y plantas, si antes quebraron grillos de cristal al erizado »Diciembre, agora gustosos aprisionan de nuevo su libertad al encanto dulce de sus divinas cuerdas.» Todo este rótulo para un opúsculo de ocho hojas mal contadas. ¿Y qué diremos de este otro con que el émulo de Domínguez Camargo preludia su invectiva, creyendo, sin duda, lanzar mortífero dardo contra el pobre poeta adversario suyo: «Lucifer en Romance de Romance en »Tinieblas, Paje de Hacha de una noche culta, y se hace »prólogo luciente ó proemio rutilante, ó babadero corrusco, ó delantal luminoso, este primer razonamiento »al lector.» Y lo más gracioso es que los que tal escribían hacen alarde á cada momento de su amor á la pureza y sencillez del estilo, llegando á decir Jacinto Evia en un proemio á *la juventud estudiosa*, que «sus poemas se »asemejan mucho á lo cristalino de las fuentes, por la »suma claridad que hallarás en todos ellos; porque sigo »lo que solía repetir mi maestro, que quería parecer »antes humilde en el estilo y concepto, que levantado »por obscuro.» Si estas eran las *aguas cristalinas* que tenía que beber la *juventud estudiosa* de Quito y Guayaquil, ¿qué tales serían las lagunas turbias y cenagosas?

Los chispazos de poesía en el maestro Evia son rarísimos: apenas puede leerse con tolerancia otra cosa que el romance

Sol purpúreo de este prado.....

que hemos puesto en esta colección, y algún rasgo to-

davía más fugitivo, como este final de una décima, de sabor calderoniano:

Mas ¡ay! cuán en breves plazos
Llegué mi dicha á gozar,
Pues sólo vino á estribar
Del alma tan dulce empeño,
En breves sombras de un sueño
Que se acabó al despertar.

En los villancicos tiene cierto sabor popular y llaneza relativa; por ejemplo, en el de la buena ventura de la gitana al niño Jesús:

Dame una limosnita,
Niño bendito,
Dame las buenas pascuas
En que has nacido:
Niño de rosas,
Dale á la gitanilla
Pago de glorias.
Si me das la mano,
Infante divino,
La buenaventura
Verás que te digo.
Miro aquí la raya
Que muestra que aun niño
Verterás tu sangre,
Baño á mis delitos.
Serás de tres reyes
Rey reconocido,
Y á este mismo tiempo
De un rey perseguido.
En tu propia patria,
Con ser el rey mismo,
Vivirás humilde,
Vivirás mendigo.....

Parece que descansa el ánimo cuando de las lobreguezes del *Ramillete Poético* (y de fijo no serían menores las de otros poetas culteranos de quienes no conoce-

mos más que el nombre, puesto que de alguno de ellos se dice por gran elogio que «escribía en lenguaje hispano-latino») se pasa al pequeño grupo de los jesuitas poetas, no muy inspirados, pero sí muy sensatos, que salieron de los colegios de Quito y Guayaquil, en el siglo XVIII, y que víctimas de la catástrofe de su orden, honraron el nombre de su patria en los centros de la cultura italiana. No hay entre ellos ninguno comparable á los Alegre, Abad, Landívar, Clavijero y Molina, que procedían de otras partes de América donde la cultura había echado más raíces; pero como historiador y aun como naturalista tiene mérito indisputable el P. Velasco, y los poetas, aunque por lo general de escaso numen, prueban que había llegado bastante pronto á las regiones ecuatorianas el cambio de gusto. Sólo el P. Juan Bautista Aguirre, guayaquileño, conserva resabios del conceptismo, ó más bien del equivoquismo de Gerardo Lobo y de Benegasi, y á juzgar por la única poesía suya que hemos visto (las décimas que compuso burlándose de Quito y elogiando á Guayaquil), más bien debe ser puesto entre los copleros que entre los poetas formales, aunque no se le puede negar cierta gracia descriptiva, y ésta no solamente en lo burlesco:

Guayaquil, ciudad hermosa,
De la América guirnalda,
De tierra bella esmeralda,
De la mar perla preciosa,
Cuya costa poderosa
Abriga tesoro tanto,
Que con suavísimo encanto,
Entre nácares divisa
Congelado en bella risa,
Lo que el alba vierte en llanto.
.....

Tribútanla con desvelo.
 Entre singulares modos,
 La tierra sus frutos todos,
 Sus influencias el cielo:
 Hasta el mar, que con anhelo
 Soberbiamente levanta
 Su cristalina garganta
 Para tragarse esta perla,
 Deponiendo su ira al verla
 Le besa humilde la planta.

Los elementos de intento
 La miran con tal agrado,
 Que parece se ha formado
 De todos un elemento:
 Ni en ráfagas brama el viento,
 Ni el fuego enciende calores,
 Ni en agua y tierra hay rigores;
 Y así llega á dominar
 En tierra, aire, fuego y mar,
 Peces, aves, frutos, flores.

Los rayos que al sol repasan
 Allí sus ardores frustran,
 Pues son luces que la ilustran
 Y no incendios que la abrasan.

.....
 Templados de esta manera
 Calor y fresco entre sí,
 Hacen que florezca allí
 Una eterna primavera;
 Por lo cual, si la alta esfera
 Fuera capaz de desvelos,
 Tuviera, sin duda, celos
 De ver que en blasón fecundo
 Abriga en su seno el mundo
 Este trozo de los cielos.

.....

Mayores alientos tuvo el P. José Orozco, natural de Riobamba, autor de un poema épico en cuatro cantos y en octavas reales sobre *La Conquista de Menorca* en 1782, que por primera vez dió á luz el Sr. Mera en su libro ya citado sobre la poesía ecuatoriana. El poema

es uno más entre los innumerables de su clase y de su tiempo; pero no puede decirse que carezca de cierto mérito relativo. No falta, por supuesto, la consabida *máquina*, y es de las más estrafalarias que pueden imaginarse: *un personaje raro*, que resulta ser el propio dios Marte, se presenta en el palacio del bueno de Carlos III y después de rendirle *cortés obsequio*, le exhorta á emprender la conquista de Menorca y confiar el mando al Duque de Crillón.

Pero á despecho de tan disparatado plan, que tiene muchos similares en cantos épicos del siglo XVIII y aun de más acá, el autor acierta á veces con octavas tan felices como ésta, en que se reconocerá sin esfuerzo el original de unos famosos versos de Heredia:

Como en contrario clima degenera
 No pocas veces desgraciada planta,
 Aun cuando cuidadoso más se esmera
 En su cultivo aquel que la trasplanta,
 Tal mi musa infeliz en extranjera
 Región se ve degenerar, si canta;
 Aura nativa fáltale, y con ella
 El dulce influjo de benigna estrella.

No creemos que Heredia, que de exceso de erudición no pecaba, hubiese leído *La Conquista de Menorca*, que, según creemos, estuvo inédita hasta 1868, en que la incluyó el Sr. Mera en su libro ya citado sobre la poesía ecuatoriana; pero la semejanza es tan próxima y evidente, que no podemos explicarla sino por la existencia de un modelo común, que hasta ahora no hemos podido descubrir cuál sea. De todos modos, quien fué capaz de escribir esta octava no era poeta vulgar, por más que haya dejado otras pésimas y ninguna igual á ésta.